

Yo, el Gato

Natsume Sōseki

Edición y traducción del japonés
de Jesús González Valles

T R O T T A

CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	9
<i>Introducción</i>	15
I	23
II	39
III	95
IV	145
V	175
VI	207
VII	241
VIII	277
IX	317
X	355
XI	401

PRÓLOGO

La atracción del escritor hacia el gato es antigua. Y universal. Data de los tiempos en que esta bella y cimbreante bestia fue domesticada —dicen que hace unos diez mil años— y en que, no mucho después, apareció el oficio de escritor. «Los gatos y los escritores se reconocen como seres libres y establecen una alianza» (Borges).

La alianza formada entre el gato protagonista de esta extraña historia, un minino callejero y sin nombre, acogido por el escritor disfrazado de amo del gato, es de complicidad. La complicidad que está a punto de compartir quien lea este clásico de la literatura japonesa moderna.

El escritor es Natsume Sōseki, una figura que ya no es desconocida en lengua española. Dejó de serlo hace unos quince o veinte años cuando diversas editoriales se lanzaron a publicar la mayor parte de sus novelas, ensayos y poemas. Pero casi cuarenta años antes, en Japón, hubo un pionero en darlo a conocer en nuestra lengua. Fue el palentino Jesús González Valles, traductor de esta edición de la obra que sostiene el lector en sus manos. Y doble mérito, porque lo hizo desde el japonés y en unos años en que nadie lo hacía¹.

La fama de Sōseki en vida y más de cien años después de su muerte se sigue cimentando en su individualidad e independen-

1. O casi nadie: ahí estaban el argentino Kazuya Sakai, en editoriales latinoamericanas, y, casi al tiempo que nuestro traductor, Antonio Cabezas García desde Japón. González Valles tradujo al español *Botchan* y *Yo soy un gato* en 1969 y 1974, respectivamente.

cia creativa. Aunque influido por autores chinos y japoneses, y por las lecturas de autores occidentales, especialmente anglosajones, como George Meredith y Henry James, y el alemán Hermann Sudermann, su trayectoria como escritor siguió un curso aparte de la corriente de la literatura japonesa de su época. Sus novelas más celebradas por la crítica se adscriben a la tendencia llamada realismo psicológico, pero su sostenida popularidad se debe a las obras primerizas. Como esta de *Yo, el Gato*.

Hoy día, Sōseki es el escritor más conocido y admirado por el público japonés. Conocido sobre todo por sus primeros libros, como este del gato, y por *Kokoro*, su obra maestra. Y admirado por las contradicciones de una vida que supo transmutar en la mejor literatura de su tiempo. Tres contradicciones principales. La primera contradicción, la más evidente, se resume entre, por un lado, el sufrimiento físico —enfermo crónico— y emocional —hijo no deseado, adoptado tres veces en la infancia (ile cambiaron cuatro veces de apellido!), esposo infeliz— que padeció toda su vida; y, por otro, la gloria del éxito que conoció en vida y en muerte —su imagen circulaba cien años después en los billetes de banco japoneses de mil yenes, un honor que Sōseki habría rechazado como rechazó otros—. Los temas del aislamiento y la pertenencia, centrales en su novelística, se han relacionado con una infancia traumática. La segunda contradicción se produce, por un lado, entre su formación de niño y adolescente en los clásicos chinos y, por otro, en su decisión como universitario de seguir estudios de literatura inglesa. Esta decisión habría de llevarlo a Inglaterra como uno de los primeros becados por el Gobierno japonés. En su ensayo *Mi individualismo* mencionará la pesada carga que sintió al hacer ese «insoportable viaje» y la infelicidad de su estancia inglesa². La generación de Sōseki fue la última en recibir formación escolar en los clásicos confucianos, y nuestro autor cultivará toda la vida la afición a componer poemas en chino (y también haikus). La tercera contradicción concierne a los dos oficios que a partir de su regreso a Japón ocuparán

2. *My Individualism and The Philosophical Foundations of Literature*, ed. de S. I. Tsunemasu, Tuttle, Tokio, 2004, p. 15. Vertido parcialmente en español como *Mi individualismo y otros ensayos*, trad. de K. Takagi, Satori, Gijón, 2017.

su vida: profesor universitario y escritor de ficción. Justamente la obra aquí presentada nació como consecuencia del desagrado que sentía por la primera de esas ocupaciones; y la popularidad conquistada con *Yo, el Gato* fue la plataforma desde la que saltó para dedicarse plenamente a la segunda.

A finales de 1904, un año y medio después de haber regresado de Londres, se pone a escribir *Yo, el Gato*. Lo hace a instancias de un discípulo de su amigo Masaoka Shiki y en enero del año siguiente aparece el primer capítulo en la revista *Hoto-togisu*. El plan inicial del autor parece que era escribir solo uno o dos capítulos, a modo de divertimento, de terapia del estado depresivo en que se hallaba en ese tiempo y de vía de escape de la actividad docente en la Universidad de Tokio. En una carta redactada en septiembre de 1905, mientras escribía *Yo, el Gato*, declara: «Quiero dejar de ser profesor y hacerme escritor a tiempo completo. Cuando puedo escribir, me siento con confianza de poder cumplir mi deber con el Cielo y con los hombres y, por supuesto, conmigo mismo»³. Sin embargo, la entusiasta acogida de público y crítica hizo que escribiera nueve capítulos más, todos por entregas, como era la norma de publicación por entonces. Según revela en su diario, lo que empezó como diversión se convirtió en deber y responsabilidad hacia los lectores, un cambio de motivación que el lector atento podrá detectar. Aparte de algunos ensayos críticos y poemas, *Yo, el Gato* fue su primera obra.

Solo un año y medio después de completarla, en febrero de 1907, el sueño del autor se hizo realidad y pudo decir adiós a la enseñanza. Un periódico tokiota, el *Asahi*, lo contrató a tiempo completo como responsable del suplemento literario y con libertad para publicar por entregas en el mismo cuantas novelas quisiera. La decisión de dimitir como profesor de una prestigiosa universidad para poder dedicarse por entero a escribir novelas causó estupor entre conocidos y admiradores. Este asombro, que ni el propio Sōseki se esperaba, ilustra a las mil maravillas el descrédito social que, para los japoneses de su tiempo, merecía el oficio de escritor de novelas, una reacción lastrada por siglos de prejuicios confucianos contra la ficción. Que una figura res-

3. Carta a Takahama Kyoshi, citada en Donald Keene, *Dawn to the West*, Columbia UP, Nueva York, 1998, p. 319.

petada y admirada como Sōseki hubiera anunciado públicamente su renuncia al puesto de profesor —oficio de prestigio social, ahora y siempre, en Japón— para consagrarse en cuerpo y alma a escribir novelas, ciertamente contribuyó a elevar el estatus del novelista en aquella primera década del siglo XX. Y en cuerpo y alma se entregó nuestro autor, pues desde ese año hasta su temprana muerte, diez años después, escribió casi dos o tres novelas por año, novelas crecientemente más densas y complejas, pero rebosantes de un extraño lirismo de hondas raíces japonesas y de gran valor documental por reflejar los profundos cambios espirituales de una sociedad que a un ritmo galopante dejaba atrás lo japonés y asumía lo moderno, léase occidental. En el conjunto de esa producción sosekiana más sombría, *Yo, el Gato* conserva la frescura de un divertimento juvenil.

Aplicado a un gato, el *wagahai* de su título original (*Wagahai wa neko de aru*), un pronombre personal de primera persona de un registro lingüístico pomposo, marca el tono jocoso de todo el relato, un poco al estilo del oficio de los narradores de historias cómicas (el *rakugo*) popular en el viejo Japón aunque en decadencia en el nuevo siglo, un arte al cual siempre fue aficionado Sōseki, que gustaba de ir a las salas de vodevil o teatrillos (*yose*) donde actuaban dichos narradores. En los once capítulos, este gato sin nombre asume mayestáticamente la voz del narrador para comentar, a menudo en tono satírico, el pequeño universo «civilizado» de las personas que se mueven y hablan en su presencia. Su voz se hace menos audible a medida que avanza el relato y, de hecho, en los últimos capítulos, raramente interrumpe las conversaciones de los humanos. El amo del gato narrador es una caricatura de Sōseki oculto bajo el nombre de Kushami *sensei* (el profesor Estornudo), un profesor de inglés (como entonces lo era el mismo autor). La fuente directa de la hilarante historia ha sido rastreada por Yoshida Seiichi⁴. Parece ser que en mayo de 1904 apareció en japonés la obra *Die Lebenansichten des Katers Murr* de E. T. A. Hoffmann. Y, en efecto, hacia el final del relato, el propio gato de Sōseki afirma: «Hay un cierto Kater Murr, miembro de mi especie, que últimamente ha armado un súbito

4. «Sōseki bungaku no shuten» (pp. 354-355), citado por D. Keene, cit., p. 350.

revuelo». Con tono desdenoso, el felino sosekiano afirma que el gato alemán, fallecido setenta años antes, ha vuelto al mundo en forma de fantasma con la intención expresa de aterrarlo. Otras fuentes indirectas pueden haber sido *Tristram Shandy* y *Los viajes de Gulliver*, obras populares en el Japón de fines del siglo XIX y apreciadas por Sōseki.

En una sociedad donde la crítica se sirve en tacitas de plata, *Yo, el Gato* consiguió una popularidad inmediata —el mismo autor quedó sorprendido— por la franqueza y bonhomía de la sátira que hace el gato de su amo y de sus amigos, un mundillo urbano a la vanguardia de la «civilización» recién adquirida por Japón. Satirizar sin acritud, con la dosis justa de frivolidad, a los representantes de esta civilización, cuya adquisición había exigido a los japoneses dejar atrás una parte sustancial de su identidad nacional, probablemente fue percibido entonces como el gran atractivo del extraño relato gatuno. A medida que discurren los capítulos, parece oírse más la voz del propio autor que la de Kushami *sensei* o su gato. Y los maullidos suenan más débiles. La crítica social apunta a la vulgaridad de las aspiraciones de los nuevos ricos, al individualismo del propio amo del gato —al final del último capítulo hay una larga parrafada sobre el individualismo, noción tan extraña en el Japón de Meiji (1868-1912) como la mantequilla o el ferrocarril—, a la deshumanización de los funcionarios y —blanco favorito de Sōseki— a intelectuales absorbidos por la imitación indiscriminada de todo lo moderno. (En su Introducción, el traductor González Valles pone nombre a estas personas). Tengamos presente que en septiembre de 1905, mientras se publica la obra, Japón acababa de salir victorioso de una guerra contra Rusia, una de las potencias occidentales que, con la arrogancia de la superioridad técnica, habían aporreado a la puerta del Japón feudal de 1868. Fue una victoria de importante impacto emocional para el pueblo japonés, relativamente seguro ahora de hallarse en la ruta correcta hacia la modernización acelerada iniciada hacía solo treinta y seis años. La sátira de Sōseki pone entonces un punto de contención a esa seguridad colectiva. Y tanto en boca del gato como de los intelectuales ociosos de sus novelas posteriores, por no hablar de sus ensayos, va a deplorar los riesgos de la modernización indiscriminada, de la imitación servil a modelos extranjeros. Ya en ensayos de juventud critica la imitación fácil

y el disparate de quienes «ponen una cabeza occidental a un cuerpo oriental»⁵.

Pero no a todo el mundo le gustó *Yo, el Gato*. Entre 1905 y 1915 domina en Japón la moda de la novela naturalista, naturalista a la japonesa, claro está. Sus abogados criticaron la superficialidad de la veta satírica de Sōseki al que acusaron de no tener más móvil en esta obra que divertir, como podría hacerlo uno de esos *rakugo*, ya mencionados, de los teatrillos populares. Sin embargo, *Yo, el Gato* triunfó en su tiempo gracias justamente al tono frívolo de su sátira, a la parodia amable de ideas, actitudes y personas que, ayer como hoy, en Japón y en nuestras latitudes, siguen prosperando. De ahí que los comentarios y reflexiones que un simple gato, el más literario de los animales de la creación, realiza sobre los humanos no hayan perdido un ápice de su validez.

Los gatos, como el de este relato, igual que un *kami* perezoso, omnipresente y sabio, siguen vivos y nos observan. Y, en algún momento y con otros amos, comentarán nuestros extraños comportamientos con satíricos maullidos.

Marzo de 2024

CARLOS RUBIO

5. Citado por Senuma Shigeki, *Natsume Sōseki*, Tokyo Daigaku Shuppankai, Tokio, 1970, p. 28.